

cuentran en todos esos procesos. Por otro lado, creo que actualmente se tiene que reconocer que a pesar de todos los “pesares” –que no niego y sí confirmo– somos más libres que nunca, como también más ricos culturalmente, y que el protagonismo de la opinión pública, aunque limitado, es importante y creciente.

No estoy de acuerdo con la opinión de Roiz de que en la sociedad persuasora “el individuo se encuentra siempre localizado y no tiene escapatoria posible”. Tampoco creo que se haya “suprimido de un plumazo” la posibilidad de libertad y la autonomía de las masas para crear opinión o para expresarla en el espacio público. 1984 no ha existido más que en el calendario. Los grandes mecanismos propagandísticos que han construido terribles dictaduras se han desplomado como un castillo de naipes en el momento en que ha desaparecido de la escena el terror de la fuerza y la fuerza del terror. Un “tigre de papel”, decía Mao del imperialismo, y realmente “tigres de papel” han sido los aparatos ideológicos de esos sistemas en los que se incluía la opresiva persuasión de la maquinaria propagandística.

En otro orden de cosas, por mucho que nos disguste a algunos, tendremos que admitir que la tiranía de la moda, el consumo y el espectáculo en y con sus características actuales..., aún cuando aparezcan estimulados, constituyen expectativas sociales profundamente enraizadas en la globalizada cultura vigente y en el tipo de personalidad básica emergente de ella. Se me antoja que entre lo que podríamos designar “modo de producción persuasor” y el conjunto social existe una especie de *feedback*. Se le estimula, pero de acuerdo con las demandas sociales. Y se aceptan sus consecuencias con auténtico “gustirín”, como si de un masaje se tratara, aquello que le ofrecen a través de las técnicas persuasoras. *Desolé*, que dicen los franceses. Lamento llegar a esta conclusión y espero que Roiz, o cualquier otro me convenza –en realidad me reconvenzan– de lo contrario.

Una gozada de libro, no sólo por lo que enseña, pues se aprende mucho y bien, sino porque también nos posibilita la reflexión y el enfrentamiento dialéctico con el autor.

(Juan Maestre Alfonso)

---

**ANTONIO GARCÍA BENÍTEZ:** *Virgenes, fraternías y banderías*, Padilla Libros, Sevilla, 2002 ( 256 págs.)

Las fronteras entre sociología, antropología social o cultural –a gusto del productor– y psicología social son más bien difusas. Sujeto, objeto e instrumental técnico es lo que hace desplazar una investigación o estudio para situarla en alguno de estos campos disciplinarios. La sociología centra su interés en los fenómenos derivados de la sociedad industrial, se pivota principalmente en las

estructuras sociales y utiliza primordialmente técnicas cuantitativas, con la encuesta como reina. Los antropólogos se interesan por las llamadas sociedades tradicionales o *folk*; la pieza central de sus argumentaciones es la cultura y emplean técnicas, por supuesto también “predominantemente”, cualitativas, entre las que destaca la observación participante a la que precisamente, y por algo será, se la ha designado como “método antropológico”.

Pues, de acuerdo con estas coordenadas, *Virgenes, fraternías y banderías* se sitúa en

el terreno correspondiente a la antropología social, aún cuando el autor, el sabrá por qué, lo define como de sociología, lo cual no le disminuye ningún mérito.

Allá, a principios de los años 70, un conocido rebelde sevillano y resistente al sistema, integrante de la primera y reducida cohorte de antropólogos “completamente españoles” –origen, formación (teórica y práctica) y dedicación– nos sorprendió a todos los que en aquel tiempo se ocupaban y preocupaban por las ciencias sociales con un libro publicado por una de las entonces, y también hoy, más prestigiosas editoriales, y que recibió el título de: *Propiedad, clases sociales y hermandades en la baja Andalucía*. Correspondía al estudio que su autor, Isidoro Moreno, había realizado en Bencarrón de los Condes, nombre ficticio que, según la costumbre de la época, ocultaba el de Carrión de los Céspedes. Por aquellos tiempos lo devoré y me entusiasmó. Más recientemente lo he utilizado buscando citas y siempre me ha sido de mucha utilidad. Cuando conocí Carrión y me enteré de que se trataba del Bencarrón del libro, no me pareció muy representante de la baja Andalucía. Personalmente me lo había imaginado de otra manera. Como muchas producciones de aquellos tiempos realizadas por quienes manteníamos compromisos, le sucedía aquello de que no es que se nos “viera el plumero”, sino que lo agitábamos como si fuéramos majaretos. Y esto sucedía en este libro. También la primera edición de mi *Introducción a la Antropología Social*, que fue el primer texto de Antropología Social escrito por un antropólogo “completo español”, concluía con llamamientos al hombre nuevo preconizado por el Ché y a la revolución cultural de Mao Tse Tung. Hoy no me parece que viniera mucho a cuento, pero en aquellos momentos tales citas

me parecían el Evangelio versión San Mateo. Lo afirmé en aquel lejano ayer y lo confirmo en un próximo hoy: el trabajo de Isidoro Moreno me parece afortunado –entre otras cosas por su compromiso crítico– y correcto teórica y conceptualmente, lo que ya es mucho pedir por una disciplina que Esteva Fabregat y Carmelo Lisón se debatían para introducirnosla, cuando por Antropología nos ofrecían los mas infumables bodrios metafísicos, auténticas vacunas para cualquier contagio del conocimiento científico. ¡Pasen, señores y vean! Y de la sociología: quien quiera, le cuento.

García Benítez, con y frente a este referente, vuelve sobre el tema. Pero en ningún caso se trata de un *remake*; lo hace con habilidad y destacada originalidad. No se centra en una sola comunidad, sino que su universo se amplía a Albaida, Cantillana, Carrión de los Céspedes, Castilleja de la Cuesta, Gerena y Huévar. No se establecen máscaras para ninguno. Hasta se agradece con nombres y apellidos la aportación de los informantes.

Según manifiesta el autor, la finalidad y el objeto de su trabajo consisten “en el estudio de los orígenes y de las bases sociales comunes de pueblos de la provincia de Sevilla con hermandades semi-comunales de adscripción matrilineal». Queda claro que la madre del cordero, a nivel investigación, radica en esa semi-comunalidad, consistente en una idea muy próxima al concepto de *mitad* empleado por muchos antropólogos. División en dos partes equivalentes en las comunidades, entre las que se establecen redes culturalmente normadas de relaciones y exclusiones. Las hermandades religiosas, como en el trabajo de Isidoro Moreno, cumplen, al parecer de los autores, esta función, permítaseme

utilizar un vocablo con tan destacadas adscripciones en las ciencias sociales. Son, por tanto, las hermandades –a las que García Benítez dota en estos casos de cualificación específica, aspecto al que llega a través de su estudio– el instrumento principal de su análisis y el eje de su fundamentación empírica. Vírgenes, fatrias o banderías son elementos de expresión formal o consecuencias de las hermandades en los ejes estructurales –valga también éste término– en los que se sitúan y desenvuelven y, por supuesto, actúan como agentes de aceleración o freno del cambio socio-cultural.

El libro resulta atractivo en su lectura, lo que realza su interés. Adentrándonos en sus páginas, fortalecemos nuestra virtud, pues ya desde los clásicos se considera que el conocimiento acerca a la virtud, y con su lectura incrementamos el conocimiento de la sociedad y de la cultura andaluza. Pero, quizás lo más destacable de este trabajo sea que la investigación, que le dio origen, participa de muchos rasgos de originalidad,

incluso me atrevo a decir que de heterodoxia, al menos en el contexto en que teórica y prácticamente se han generado investigaciones similares. Heterodoxia en el acervo teórico empleado: el concepto de la semi-comunalidad; heterodoxia en cuanto a la apoyatura bibliográfica. Y heterodoxia en la metodología empleada, incluida la observación participante que emplea el autor y que, según se deduce, no se ajusta a los cánones, que desde Malinowski a Lewis, pasando por quien esto escribe, hemos empleado los antropólogos y, si es de menester, también los sociólogos. Igualmente, entre sus méritos hay otro que deseo destacar: la introducción en la metodología de la variable *metodológica compuesta o integrada* por un notable estudio histórico, del que desgraciadamente muchos antropólogos –y cuando no sociólogos– se olvidan, cuando no omiten conscientemente, y que en este caso aparece cumplida y explícitamente cubierto.

(Juan Maestre Alfonso)

**DOLORES MORILLO MARTÍN:**  
*Salir a Trabajar. Procesos migratorios y estrategias económicas de los grupos domésticos en la Sierra Sur de Sevilla*, Diputación Provincial de Sevilla, 2004.

Recuerdo que hace años escuché a un humorista andaluz contar un chiste en el que dos conocidos conversaban: “*Fijate en fulanito, que se fue a Alemania con dos alparbatas y ha vuelto con un millón. –¿Y para qué quiere un millón de alparbatas?*” En ese juego de las cosas dichas o no dichas está el fondo del lenguaje, los equívocos cotidianos, las tram-

pas en las que uno se puede caer. Dolores Morillo es la autora de un libro sobre la emigración andaluza en la Sierra Sur de Sevilla. La edición de la Diputación de Sevilla es excelente, tanto como la grata acogida que suele tener esta institución con la investigación socio-económica de la provincia. El texto es la publicación de la tesis leída en la materia de antropología. El título –*Salir a Trabajar*– nos remite a un lenguaje que se sobreentiende: la emigración por motivos laborales. Está claro que también *salían* a vivir, al menos estaban obligados a descansar, divertirse y tejer nueva relaciones sociales. La emigración de la Andalucía profunda durante los años del desarrollismo español